

## DISCURSO DE RECEPCION

Por GUILLERMO CAMACHO CARRIZOSA

No sois, señores académicos, y permitidme que os lo diga, la encarnación de la justicia, porque si lo fuerais en todo su rigor no me habríais llamado a vuestro seno.

Sois, y es bastante ser, una docta y elegante asociación de hombres de letras; sois humanos... pensé decir falibles, pero el respeto me cohibe y modifico: sois indulgentes, y vuestra indulgencia que no es prevaricato explica mi presencia entre vosotros.

Aceptad, pues, esta noche, aceptad, señores académicos, como expresión sincera de un hondo sentimiento, el homenaje pleno de mi profunda y reconocida gratitud.

Hombres al fin, tenéis odios y amores. Amáis la lengua y el buen gusto; odiáis el espíritu de revolución —que destruye— y la política —que fracciona y escandece—. Formáis una asociación exclusivamente espiritual, sin intereses bastardos, es decir, sois una cordialidad.

Vuestra preferente y casi única atención es el idioma. ¡La lengua! He ahí la razón de ser de vuestra casa, el arco de la bóveda.

El idioma, maravilloso aglutinante, es el vínculo espiritual más puro que existe entre los hombres, y es, por eso mismo, el más duradero de los vínculos; las fronteras materiales se dilatan o se acortan; un pueblo vence y acrecienta sus dominios, o es vencido y languidece; tal país, que ayer era un imperio, hoy es una república; la existencia de un Estado por su aspecto geográfico, depende de una lucha militar, económica o política, de un éxito, de un tratado; sólo las naciones espirituales alcanzan una vida perdurable: tienen la existencia secular, indestructible del idioma. Muertas Grecia y Roma, ya para siempre sepultadas bajo la capa de los siglos, sus lenguas duran, sin embargo, todavía. Sois, pues, señores académicos, servidores fieles de un amo que no muere, de un príncipe inmortal. El idioma es eterno.

Me siento confundido cuando pienso que he sido llamado por vosotros a suceder, no a sustituir, en esta silla prócer nada menos que a uno de los fundadores de la Academia Colombiana, a un varón ilustre por mil títulos, a quien me atrevería a calificar de San Cristóbal de nuestras bellas letras, a don José Manuel Marroquín.

Quisiera manejar una pluma sintética, escultórica, para esculpir aquella figura tan compleja, tan representativa de todo lo que es nuestro. Porque en el señor Marroquín yo veo una encarnación de esta ciudad, en donde habitaban el ingenio chispeante y la sempiterna paz. Era el suyo un espíritu eminentemente colonial, eminentemente santafereño, eminentemente bogotano.

Trasplantado don Lorenzo Marroquín (el abuelo), al finar el siglo XVIII, de una villa española a esta ciudad, aquí siguió siendo lo que había sido allá en España y lo que habría de ser con el andar de los años el distinguido nieto: un español rancio y un cristiano viejo.

El ambiente era uno mismo. Allá en las viejas ciudades españolas como aquí en la capital del Nuevo Reino de Granada, la misma monotonía de las costumbres, la misma inacabable soledad, el mismo cielo azul, tranquilo, los mismos caminos polvorientos que van siempre a terminar en el campanario rumoroso de una aldea; la misma inclinación a recostarse como en una muelle y cómoda butaca, sobre los hábitos establecidos y heredados.

Era Santa Fe la imagen viva, o, mejor, la imagen muerta de la inmovilidad, del aristocrático abandono, de la indolencia castellana.

Dentro de Santa Fe no se movía nada, como no fuera el viento. No había honduras ni problemas. ¿Qué somos? ¿Qué no somos? En Santa Fe no había interrogaciones angustiosas.

Poco atento a los ruidos del mundo, que no llegaban hasta aquí sino muy tarde, semiperdidos y amortiguados por la distancia, el santafereño no sentía el intranquilo espasmo de la vida política internacional, no le interesaban los ecos estridentes de la lucha humana. Distante, pues, de todos los principios del espíritu, era optimista y resignado.

Dentro de aquel recinto hermético, cerrado, la incomunicación, aun en lo literario, era absoluta.

Buscad, si no, en los hombres intelectuales de aquella Arcadia, bonancible y aislada, una nota de pasión, un reflejo del sollozo romántico, de aquel romanticismo disolvente, anárquico, que inquietaba las almas en Europa; buscad un síntoma de eso que se llamó *la enfermedad del siglo*, un eco de la pistola de Werther, y de todo ello no hallaréis ni el más ligero atisbo.

Sobre Santa Fe no gravitaba más influencia que la de la metrópoli con los antiguos moldes del saber clásico, el *Quijote*, la novela picaresca de costumbres; el *Romancero*, las *Partidas*. Literatura sin complicaciones ni misterios. La flauta de las églogas...

Hasta el advenimiento de José Asunción Silva, las letras colombianas son pecheras, tributarias de la antigua técnica española.

Con Silva irrumpe un viento de inquietud, un soplo nuevo, una sensibilidad desconocida entre nosotros hasta entonces. En Santa Fe reinaba un silencio de catacumba, imperturbable.

Pero, señores académicos, esta medalla desteñida, de patinados y borrosos perfiles, tiene, sin embargo, un reverso fino y noble.

Si Santa Fe era un tranquilo lago de aguas nítidas, era también, por otro aspecto y lo es todavía a pesar del trasiego insoportable de

la vida moderna, un foco de cultura acendrado por noble tradición; una brillante veta aurífera entre el cuarzo de nuestra selva primitiva; un centro de elegantes maneras de expresión en lo social, con un perfume de afabilidad castellana en las costumbres. Consérvase aquí un ambiente de vida sana y fuerte, casta y patriarcal, que mira al porvenir de la raza; el legendario buen humor santafereño tampoco ha perdido sus derechos, y florece en Bogotá un ingenio semiandaluz, vivaz, agudo, más agudo que cortesano ni plebeyo. Bellísimas condiciones de carácter que nos trajo en sus esquifes la madre de Viriato y que reflejan la noble fuerza eterna de la raza española.

En el santafereño no hallaréis aquellas manifestaciones ostentosas del dinero repentinamente improvisado, sin antecedentes, ni aquel brillo de talco o peculiar de ciudades trajinadas por población flotante.

Bogotá conserva, por fortuna, aquel encanto, y es quizás el secreto de su gracia envolvente y de su fuerza centrípeta en el orden político.

¿No veis, señores académicos, que del fondo de este lienzo va surgiendo, impasible y esbelta, la figura señorial de mi distinguido antecesor?

¿No véis que se dibuja con claros perfiles el contorno de un viejo castellano, erguido dentro de su cuello alechugado?

Ponedle a don José Manuel Marroquín una gorguera de blanco y fino encaje y, tendréis una de aquellas fisonomías enjutas, inmortalizadas por el Greco. Reconstruid en vuestra imaginación a Santa Fe, haced con sus líneas esenciales una síntesis y evocad al propio tiempo la típica figura del señor Marroquín, y tendréis la perfecta sensación de un conjunto armonioso.

Porque eso fue, precisamente, el señor Marroquín: un español santafereño, un gran señor, un caballero. Perteneció a una dinastía de hombres de estudio, entre los que descuella por su ciencia jurídica y sus letras el enciclopedista Moreno y Escandón. Nació y creció en casa solariega, vetusta y solitaria, un convento, uno de aquellos caserones "en que vagan luces por las noches, luces de aquellas que todos ven, pero que uno no ve nunca", (frase suya).

En esa morada colonial de cuarteados paredones se deslizó, apacible y estudiosa pero desencantada y triste, la juventud del señor Marroquín; mozo viejo, creció reñido con los atractivos de la edad e indiferente a todos los murmullos de la vida.

Pero guardémonos de creer que el señor Marroquín fuera un santafereño candidote, unilateral y homogéneo, un don Antonio de Trueba, trasplantado; no; bajo la tersa superficie de las aguas se alcanzaba a sentir el mar de fondo que hace trepidar la embarcación...

A este propósito, voy a referiros una anécdota, rigurosamente histórica, que muchas veces me contó en amena parla mi inolvidable amigo don Lorenzo Marroquín, quien, por desgracia, ya embarcó en la nave que no retorna nunca, y cuya ausencia en esta noche es para mí, como lo será para vosotros, uno de los vacíos de esta reunión.

Cada vez que acudía al palacio de Gobierno algún sujeto (me refería Lorenzo) en solicitud de cargo público o empleo, el señor Marroquín, antes de decidirse, solía abrir una gaveta de su escritorio particular, tomaba allí un libro forrado en pasta negra (recuerdo este detalle), leía o consultaba alguna cosa, y volvía a guardar su libro bajo llave.

No es necesario añadir que Lorenzo resolvió enterarse de las cosas. ¿Qué libro sería aquel? ¿Por qué lo consultaba el señor Marroquín discretamente, antes de dar una respuesta? El libro contenía una larga lista: eran los socios de san Vicente de Paúl. El misterio se convertía en enigma; porque, ¿qué relación podía tener aquella lista con la provisión de empleos vacantes? El vicepresidente, con una de aquellas sonrisas suyas, peculiares, que apenas dejaba traslucir bajo el bigote rubricado, le dio esta explicación:

Los miembros de san Vicente de Paúl tienen asegurado el cielo; en igualdad de circunstancias, yo suelo preferir para los cargos públicos a los que no son socios, para que éstos, por lo menos, disfruten de la tierra...

¿No es un rasgo digno de Voltaire?

Pero no creáis tampoco, señores académicos, que yo he venido aquí a torcerle las narices al retrato, ni que pretendo dibujar, con la concisión de dos líneas aisladas, como el caricaturista, una fisonomía completa.

No. El señor Marroquín era un cristiano viejo, un católico fehaciente, irreducible, y en cuyas obras resplandecen los dos caracteres que Pérez Galdós considera culminantes en el arte castellano: la austeridad de las ideas fundamentales y la gracia de la forma.

Pero el señor Marroquín era ambas cosas: católico y volteriano; rasgos que no se contradicen. Un crítico francés, sutil y penetrante que descompone y analiza el espíritu de Voltaire, hace esta fina observación: "El volterianismo, dice, es la sonrisa luminosa del ágil buen sentido, siempre mesurado. Más de un volteriano se ha convertido a la fe cristiana, sin dejar de ser volteriano por la inteligencia y el estilo, *más de un católico ha sido volteriano por afinidades del buen gusto.* (Gustavo Lanson: *Voltaire*, Hachette.)

¿Sabéis a qué atribuyo en un espíritu tan profundamente religioso como el del señor Marroquín aquel matiz semivolteriano de ironía? En parte a la vida santaferreña, ociosa y sedentaria.

El escepticismo, en materias temporales, aquel grano de ironía —que en el señor Marroquín era constante— es fruto, casi siempre, de la contemplación tranquila de la vida; nace entre las bibliotecas la ironía, como nacen la erudición y las quimeras; crece y prospera en el silencio de la meditación y del estudio. La vida intensa, briosa, neoyorquina, el tráfago de la actividad del comercio, que crean y robustecen el músculo industrial; el ambiente febril y resonante de la lucha matan irremediamente la ironía.

El vaivén amable del espíritu que presupone aquella semidiosa de las letras, pareceme que exige cierta bienandanza, cierta holgura

material. La necesidad y la escasez se indignan, capitulan o protestan, pero no ironizan. La ironía es un lujo, señores académicos; la ironía es capitalista, y por eso mismo —permitidme que concluya el pensamiento—, por eso mismo es cruel...



Escritor ingenioso y alegre, pero con cierta alegría fúnebre, el estilo del señor Marroquín es el reflejo fiel de su carácter, de sus costumbres, de su vida, de todo su ser físico y moral: es un estilo diáfano y sencillo sin química ni afeite, claro, dulce y frío como el agua cristalina de *La Mana*.

De temperamento reposado, de carácter melancólico y jovial, al mismo tiempo, de él escribió Pombo esta frase lapidaria: ¡Un ataúd cubierto de flores!

Como poeta, escribió versos de una viveza endemoniada, rabelianos, en el sentido de una alta imaginación de lo grotesco o de la expresión viva de un rasgo inesperado, como en *La Serenata* y *La Perilla*: en el señor Marroquín hallaréis además de eso, el hilo transparente del antiguo romance castellano.

Pero si la poesía del señor Marroquín reina sobre nuestra sonrisa fácilmente, rara vez alcanza al corazón.

En cambio su prosa es intachable; de una sencillez encantadora; para nuestros paladares, más o menos estragados por los condumios de la cocina francesa, la prosa del señor Marroquín equivale a la miel tónica y perfumada de las colmenas helénicas.

En *Blas Gil*, *El Moro* y *Entre Primos*, que son sus obras de más vuelo como novelista de costumbres, hay páginas de un esmero descriptivo nada común entre nosotros, con detalles que tienen fuerza y valor de cosa vista. En eso que pudiéramos llamar escenas caseras de cuadro holandés tenía el señor Marroquín un talento insuperable, observador y experto.

No busquéis en él un hondo análisis ni complicados caracteres, que aquí serían exóticos porque no los da el terruño.

Se ha dicho de Balzac que era un competidor con sus creaciones novelescas del registro civil. Sin ser ésa la especialidad del señor Marroquín, sin ser nuestro compatriota un relojero del alma, hay en *El Moro*, por ejemplo, caracteres que parecen arrancados de la cantera viva de nuestra vida aldeana. Al pasar del campo a la ciudad, sus personajes se diluyen en una psicología abstracta, un poco rectilínea, propia del escritor que no ha tenido que tomar la existencia al abordaje, que no ha vivido entre los jugos amargos de la lucha. Al nacer, encontró el señor Marroquín la mesa ya servida, y servida en vajilla de plata.

Por uno de aquellos misteriosos contrastes de la vida, este gran señor, pacífico y ecuaníme, tan amante de su torre de marfil como extraño a la política por sus aficiones y carácter, vino la fatalidad a colocarlo en el torbellino de aquella aguda crisis que se llamó el "31 de julio".

Ejerce el mando en un período relativamente corto (ochenta días) y revela un temperamento conciliador, distante de la política extrema del partido; exponente oficial de una de aquellas dos tendencias, ya extinguidas, que de 1886 en adelante dividieron el pensamiento conservador, el señor Marroquín es reciamente combatido por la fracción opuesta. Proclama la reforma. La política ha principiado a embravecerse y sopla un viento que presagia tempestad. La oposición acude al veredicto incierto de las armas; estalla la revolución. El vicepresidente Marroquín se mantiene alejado del Poder; pero uno de aquellos golpes de cuartel que no pueden defenderse por razones porque sólo pueden escudarse con el éxito, priva del Gobierno al presidente constitucional, y entonces es llamado el señor Marroquín a sustituirlo.

La revolución estaba ya materialmente vencida, aniquilada, pero ese día (el 31 de julio de 1900) resucitó y entró al Palacio de Gobierno triunfante y a tambor batiente, con el señor Marroquín a la cabeza.

Digo que la revolución resucitó aquel día, porque lo propio de la revolución es eso: el resolver en días o en pocas horas problemas que en tiempos normales reclamarían meses y aun años para resolverse. La suerte, que es burlona y cruel en ocasiones, quiso, pues, que a aquel movimiento cuartelario viniese a cobijarlo con su nombre el santafereño más auténtico y esquivo, un fiel devoto del pretérito en sus múltiples formas, un tradicionalista incorregible; un hijo mimado de la sempiterna paz. ¡El destino es muy irónico, señores académicos!...

La armonía de su vida estaba rota. Había huído el sosiego de sus antiguas horas, y un espíritu como el suyo hecho para suaves posturas de academia, se vio obligado a erguirse para mirar de frente la tragedia.

¿De dónde sacó arrestos para no sucumbir en la demanda? ¿Qué resortes le alentaron en la lucha? ¿La codicia, el entusiasmo, la pasión o el fanatismo? No. Ninguno de aquellos estímulos eminentemente humanos, influyeron jamás en su carácter.

Este hombre singular, este humanista era un carámbano incapaz de fundirse al contacto de nuestro calor meridional, y escéptico de tejas para abajo, sabía permanecer inalterable en medio del oleaje que rugía a su alrededor. Por esa composición de su carácter, indispensable para la mecánica política, pudo manejar a los hombres fácilmente, fríamente, sin odios ni entusiasmos.

Yo vine a conocerle ya con la palidez de la demacración senil: en lo moral como en lo físico, parecía un bloque de mármol, blanco, terso, helado...

\*  
\* \*

A los muchos contrastes de esta vida compleja habéis querido vosotros, señores académicos, añadir un apéndice.

Habéis querido que el sillón de don José Manuel Marroquín —un perfecto humanista y un consumado hombre de letras— sea

ocupado por un oscuro jornalero de la Prensa, sin equipaje literario, sin otra ejecutoria que las efímeras campañas que se libran en la fecunda disputa del periodismo: nada más.

El periodismo es, acaso, la forma más candente que reviste la política, una de vuestras sabias, como he dicho, o si la palabra os mortifica, diré mejor, una de vuestras prudentes exclusiones.

Pero aun cuando sea un profesional del periodismo, aun cuando por imperiosas exigencias del oficio, o por acometividades del temperamento, mi espíritu se mueva a la región de la lucha harto bien me guardaré de quebrantar vuestras apacibles tradiciones y costumbres, trayendo a este recinto el eco del combate.

Me enorgullezco de pensar que al llamarme a vuestro seno habéis querido, acaso, concederle al periodismo beligerancia literaria, y yo por ello os felicito, porque si el periodismo es en ocasiones estridencia, puede ser también, y lo es en muchos casos, un arte soberano.

¿Y qué es el periodismo?

La historia que pasa; la historia talvez no; emplear esta palabra para referirse al periodismo, puede ser una enfática imprudencia... Digamos simplemente que es el comentario escrito, público, de lo que acontece día por día, y en ocasiones... de lo que no acontece.

Es algo eminentemente efímero; un reflejo muy fugaz de la existencia; nace como el sol, todos los días, y alcanza a vivir algunas horas, pero, como el sol, muere también todos los días. Girardin, que tenía por qué saberlo decía que el periodismo es impotente, y añade decepcionado, estas palabras melancólicas:

"Toda la obra de mi vida laboriosa de periodista es el testimonio irrecusable, la prueba monumental de la impotencia de la Prensa. Mi obra se remonta al año de 1836. De 1836 a 1879 han transcurrido cuarenta y tres años. ¿Cuál de las ideas que he lanzado a la circulación en este período larguísimo de tiempo ha pasado del dominio de las discusiones agotadas al dominio de los hechos cumplidos?

"Ni una sola."

Se podría efectivamente, invocar algún ejemplo nuestro que confirma la teoría de Girardin.

La única revolución pacífica o profunda, que se ha verificado entre nosotros en el tránsito de lo que se llamó el Quinquenio, al régimen que se llamó republicano y en ese cambio el periodismo estuvo al margen, o en otras palabras, el cambio se verificó no sólo sin la cooperación de la Prensa, sino por encima de la Prensa.

No es este, acaso, el lugar más oportuno para proferir sentencia sobre un régimen que va entrando en los umbrales de la Historia; pero si las revoluciones que perduran son las que se verifican en las ideas y en las costumbres, a ese régimen, a la vez demoleedor y constructivo, debe la República la definitiva adquisición de básicas conquistas en el orden democrático de aquellas que redimen al que las implanta, de sus desaciertos y errores, talvez inevitables dentro de las irregularidades y compromisos fatales de la vida...

Obra imperfecta como toda obra humana, inconclusa, como toda obra política, el Quinquenio fue un desorden, una revolución dentro

de la legalidad establecida; pero esa legalidad, ¿no era bastarda? ¿No era también hija de la revolución y del desorden? ¿El 31 de julio no fue el entierro laico de la Constitución del 86? Y yo me digo: un desorden por otro, ¿no era mil veces preferible aquel que llevó su atrevimiento hasta el corazón de la justicia, hasta las fronteras del derecho, y consagró en las leyes la existencia política de los vencidos?

Movimiento revolucionario partidarista, pero no reformista, el 31 de julio no dejó huella visible en las costumbres ni en la ley. Al 31 de julio no le debe nada la República; fue un cambio de personas, pero no de prácticas ni de instituciones. El Quinquenio, creador y afirmativo, acercó materialmente a los hombres, los hizo tolerarse y comprenderse, compaginó sus intereses que es el principio para reconciliarlos y logró arrancarle al vencedor al siguiente día de su victoria, la representación proporcional de los partidos o fórmula de equilibrio que ha fundado entre nosotros la paz pública. ¿Cuánto vale la paz pública?

Pero el hecho que me interesa subrayar es que el periodismo del Quinquenio, no obstante que ejerció sin contrapeso el ministerio de la palabra escrita, no pudo, sin embargo, ni evitar el desvío de la opinión ni oponerse a la menguante del sistema.

¿Quién mató el Quinquenio? ¿La Prensa? No había prensa independiente; la Prensa era oficial. Le mató un poder terrible, inmenso, incontrastable: el poder de la opinión. El periodismo fue impotente.

Decía Cobden que él había tenido que realizar en Inglaterra, siempre contra las opiniones de la Prensa su magna obra arancelaria. La Prensa estuvo allí, como suele estarlo en todas partes, bajo el influjo, ese sí, poderoso, omnipotente, de las grandes fortunas y de los señores feudales del terruño.

Y, sin embargo, señores académicos, yo creo en el poder del periodismo. Las ideas son fuerza, y toda fuerza tiende fatalmente a realizarse; toda fuerza lleva en sus entrañas un poder de realización incontenible. Las ideas tienen fuerza de semillas. Letra muerta mientras permanecen enclaustradas o, lo que es lo mismo, inéditas, tan pronto como abandonan las ideas el claustro craneano para entrar en el torrente circulatorio de la vida, se convierten en fuerzas propulsoras. ¿Y qué vehículo o instrumento es comparable al periodismo para la circulación de las ideas? En este sentido, el periodismo es el telégrafo de la palabra escrita.

Organo superior de la opinión, el periódico comunica al pensamiento el relieve de la letra de molde, la firmeza de los caracteres metálicos: difunde el clamor de la justicia; presta al derecho ultrajado la polifonía de sus múltiples voces; es un medio de rápida y amena ilustración; lleva a todas partes el burbujeo de las opiniones callejeras; y de esa manera forma o anticipa la conciencia pública y colabora en el destino nacional.

No será el periódico un inmenso poder demostrativo, pero ejerce un poder de sugestión incomparable, y en uno u otro caso rotura el campo para las transformaciones de la Historia y para las creaciones anónimas de la democracia.



¿No fue san Pablo un periodista de combate, en la forma en que había que serlo entonces? Vos mismo, monseñor, que habéis llegado a la pleamar de la cultura, que nada tenéis que esperar de nuestras luchas egoístas, ¿en veces no abandonáis también la cumbre de la teología cristiana para confiar al periodismo vuestra palabra sabia, densa y ágil?

Por desgracia, la Prensa, que es poderosa para el bien, también puede serlo para el mal. La tinta de imprenta, que arrastra tantas impurezas, es en ocasiones dinamita. Hay palabras tan homicidas como el máuser, según como se lancen, según quien las escriba; hay adjetivos asfixiantes y explosivos.

Junto con el periodista que ventila sus propias convicciones y que divulga su pensamiento, florece el periodista de conciencia precaria, descendiente de Pasquino, que embravece la ola roja de la multitud ignorante o descontenta, que lanza sobre la sociedad la lava rencoresa de sus odios o que hiere al ciudadano con sus golpes injustos.

Y aquí se nos encara este problema: ¿Puede una sociedad civilizada estar expuesta a los desmanes y caprichos de los perdonavidas de la Prensa?

Bernard Shaw, de quien todavía no se ha podido averiguar si escribe seriamente o si todo lo que escribe es ironía, considera que es absurdo un régimen social en que se exige diploma académico al dentista que rellena la dentadura, y en cambio no se pide ninguna garantía de honorabilidad y competencia al periodista que rellena diariamente la cabeza de sus lectores.

¡El bachillerato del periodismo!

¿Será esto alguna broma? ¿Un doctor en periodismo no sería algo semejante a un doctor en el arte de hacer versos o de escribir novelas?

Os diré mi opinión: dentro de un régimen de libertad y de derecho la Prensa no se puede combatir sino con Prensa: *Similia similibus*.

¿Quién es el único poder capaz de establecer un cordón sanitario entre la sociedad y aquella prensa malsana de que os hablo? La misma sociedad, la opinión pública.

Libre, pero perfectamente libre; responsable, pero eficazmente responsable: es quizá la única fórmula que resuelve este problema.

¿Sabéis por qué proclamo la libertad de la prensa? porque la considero una salvaguardia de todas las garantías del ciudadano, la indispensable condición de la República. Destruir la libertad de la Prensa es preparar, sin saberlo o a sabiendas, el advenimiento del déspota, que aquí entre nosotros no sería un previsivo emperador ni un príncipe ilustrado, sino un caudillo, exponente inevitable de una política de chafarote y de grillete. La prensa dificulta cierto linaje de aventuras. . .

Y sentado este principio, os completaré, para concluir, mi pensamiento.

Prefiero los locos a los sosos. El soso muere soso, a tiempo que la locura es curable; los locos recuperan la razón algunas veces, siquie-

ra sea como el héroe de Cervantes, en el trance supremo de la muerte. Pero el mal gusto es una enfermedad sin terapéutica.

El periodismo, en su labor inaplazable y proteiforme, pide agilidad y prontitud, una brillante ligereza, golpes agudos, rapidez de estilo.

El periodista tiene que vibrar con la emoción del público, ha de ser conciso, breve, oportuno, impertinente; tiene que hallar la imagen justa, la expresión gráfica, la cita inesperada, la animación, el movimiento. El periodista premioso, acompasado, no podrá conquistar nunca el reino de la tierra.

Pero, loco o cuerdo, el hecho, señores académicos, el hecho enorme, indiscutible, es que el periodismo conduce a todas partes, y en mí tenéis la prueba irrefutable, porque os digo que sin el auxilio omnipotente de esa frágil hoja diaria que redacto no habría llegado nunca a sentarme entre vosotros, ni a recibir esto que considero como la consagración suprema, bien que inmerecida, de mi vida espiritual.

---

## RESPUESTA

### AL DISCURSO DE D. GUILLERMO CAMACHO CARRIZOSA

Por RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

No es tarea fácil para mí la de responder al discurso que el señor don Guillermo Camacho Carrizosa acaba de leernos. El maestro Antonio de Nebrija, en su gramática latina, enseña que *interrogatio et responsio eodem casu gaudent*, lo cual traducido a romance significa que la pregunta y la respuesta deben hallarse en idéntico caso gramatical. Si fuera aplicable esta regla al compromiso presente, preciso sería que yo siguiese, siquiera de lejos, el estilo y lenguaje de nuestro meritísimo colega.

Precisamente aquí estriba la dificultad. Porque el señor Camacho, sin descuidar el estudio y cultivo del patrio idioma, se ha formado en los autores franceses y escribe en cláusulas cortadas, desnudas de postizos adornos y en las que el pensamiento chispea al reflejarse en la limpieza de la frase. El lenguaje del nuevo académico no consta sino de vocablos de uso corriente entre las gentes de refinada cultura. Se arrima más nuestro amigo, por la factura de su prosa, a Tácito que a Tito Livio, a Quevedo que a Cervantes.

Empleara períodos inmensos que, según expresión de Menéndez y Pelayo, se fueran ensanchando como las ondas concéntricas que forma una piedra arrojada a un estanque; los adornara de elegantes epítetos, los matizara de oportunos arcaísmos, y sería menos difícil de imitar; ya que el habla castellana, hija predilecta de la lengua latina, es maestra en el arte de envolver el concepto en ancho manto

de púrpura, que dispuesto en pliegues dilatados, realce la gentil apostura y el airoso andar del pensamiento.

Mas es lo cierto que quien os está hablando no ha cultivado jamás el arte por el arte, y sólo se ha valido de las letras como de medios de propaganda religiosa, trillando los caminos más fáciles y andaderos para los niños y las personas indoctas; no sabe de otro estilo, si estilo mereciera llamarse su desmañado modo de escribir, y en él tiene por fuerza que contestar el brillante discurso del veterano publicista. La interrogación y la respuesta se asemejarán en ir escritas a la manera propia de sus autores respectivos y quedará cumplido el precepto del buen Antonio de Nebrija.

\*  
\* \*

Las academias de la lengua no sólo admiten en su seno gramáticos, literatos y filólogos sino también varones, conocedores respetuosos del idioma, que se hayan distinguido, en cualquier ramo de la actividad intelectual. Pocos meses ha fue recibido en la Academia Francesa el mariscal Joffre en premio de la pericia en el arte militar con que detuvo en las gloriosas llanuras del Marne, el arrollador empuje de los ejércitos germanos.

Tiene razón don Guillermo Camacho al pensar que llega a nuestra corporación como calificado representante del periodismo diario. De raza le venía y tuvo de dónde heredar ese que antaño se llamaba oficio y ogaño se apellida misión y hasta sacerdocio. Sus mayores habían sido periodistas, aunque hartos diferentes de los de ahora, y habíanse distinguido por el calor y sinceridad de las ideas y la elegante medida de la forma. Don José Camacho Carrizosa, hermano mayor de don Guillermo y muerto en la flor de la inteligencia y de la edad, fundó, en asocio de nuestro malogrado colega Carlos Arturo Torres, el diario de mayor fama y circulación que poseemos, y lo creó a raíz de la más larga y cruenta de nuestras guerras civiles, con el propósito de insinuar la paz, ablandar los ánimos y convertir los partidos políticos, de enemigos embravecidos listos en todo instante a devorarse entre sí, en bizarros adversarios que, sin abdicar de los principios ni renunciar a la acción, se diesen la mano y se completasen mutuamente para bien de la amada patria colombiana. Que aquella semilla germinó lo testifican acontecimientos posteriores.

Aunque don Guillermo Camacho ha ocupado altos puestos en servicio de la nación, se ha sentado en una de las curules del Congreso y ha representado a Colombia como ministro plenipotenciario ante los gobiernos de España y de Francia, dejando a salvo el decoro de la república, el título que lo ha hecho conocido y estimado y le ha abierto la entrada a esta Academia, son sus condiciones de diarista. Dase este nombre al director de un periódico, al que lo encamina a un fin, le traza rumbos atinados, lo individualiza, distinguiéndole de sus congéneres y aun haciendo de él especie aparte; solicita, juzga, escoge, combina los materiales sabiamente; y también se atribuye aquel dictado a quien, con altos propósitos, servidos por la intelligen-

cia y el arte, honra de costumbre con sus escritos las columnas de la hoja cotidiana, a diferencia del que la edita con mengua de la moral y del buen gusto, del decoro y de la lengua castellana. No es músico el saboyano que hace girar el manubrio del organillo callejero, ni son los blanqueadores de paredes del gremio de los Velásquez y Murillos.

Por los dos aspectos ya mencionados, merece el calificativo de diarista nuestro compañero y amigo; él es el arquitecto que concibe y dibuja el proyecto del edificio, desde la planta y los cortes verticales hasta los mínimos adornos de capiteles y cornisas, y es el constructor que realiza de mano maestra las concepciones del artista. Como todo luchador, sobre todo en campo religioso o político, sabe, por experiencia propia, de las fatigas, desazones y desencantos propios del oficio; pero ignora la más dolorosa de las penas de un autor: la de quedarse inédito después de haber dado a la estampa sus escritos.

*El Nuevo Tiempo* y *La Crónica* son los teatros en que ha empeñado su papel. En *La Crónica* sobre todo. Cualquiera que sea su título, el diario del señor Camacho se presenta a modo de caballero mozo y apuesto, vestido de etiqueta, desenfadado y decidor, intachablemente culto en porte y modales y esgrimista consumado y temible. Conténtase, cuando se trata de la persona del adversario, con leves pinchazos y rasguños que apenas lastiman la epidermis, pero se va a fondo y hunde el arma hasta el puño, si la lucha se dirige contra sistemas o partidos.

Y se hace leer. No haya miedo de que el suscriptor, después de imponerse de los títulos, ponga el periódico a un lado, ni que deje inconclusa la lectura del comenzado escrito. Porque la extensión, variedad y estilo de los materiales del diario cierran la puerta a los enemigos, que son la falta de letras y la sobra de quehaceres, la indiferencia con que se empieza y el tedio con que se acaba. Al lado del artículo de fondo, del editorial, como dicen ahora, corto, ameno, rebosante de juventud, donde las ideas no están al servicio de la frase, sino la palabra al servicio del pensamiento, viene el trozo de veinte líneas sacado de los grandes ingenios españoles de pasados siglos, de Hurtado de Mendoza a Castelar, onzas de superior ley, con doble valor: el intrínseco del *Oro viejo*, el extrínseco como joyas numismáticas; en seguida de la *voz de la calle*, de donde salen los dardos más agudos y certeros, el contorno de personajes notorios, barajados en interesante desorden: hoy, Aristóteles; mañana, Madame Que sias-je; el lunes, Cagliostro; el martes, Federico el Grande; y después llegan la nueva del último descubrimiento científico, la crónica de la capital de las provincias, las noticias extranjeras, la anécdota picante, el cuento familiar y vaya usted a ver cuántas otras minucias y parvedades exquisitas.

Varios geólogos, con intenciones que ellos saben y yo también, andan buscando el hombre fósil en las rocas del período terciario. Me asombra que se sumerjan en las entrañas de la tierra a caza de lo que sin cesar se está codeando con todos nosotros en la calle y en

el paseo, la visita y la reunión, el libro y el periódico. Don Guillermo Camacho, no sirve para ejemplar de ningún museo paleontológico. La vida se revela en el movimiento. Cuando el movimiento acerca a una criatura a su verdadero fin, se llama progreso. Para progresar, se necesita la carencia de obstáculos, que se apellida libertad. Si todos los hombres se mueven libremente en su esfera respectiva, hay orden. La tranquilidad del orden tiene el nombre de paz. El señor Camacho es un enamorado del progreso, de la libertad y de la paz; pero cree que el progreso se funda en la tradición, la libertad se cimenta en el orden, la paz se basa en la justicia.

El doctor Newman fue calificado de apóstata por varios anglicanos fanáticos; a la muerte del doctor Newman se disputaron el honor de su sepulcro la Universidad de Oxford y el Oratorio de San Felipe de Neri. A Gladstone lo llamaron tráfuga los *tories* extremados, y, cuando falleció, Inglaterra entera se vistió de luto por la pérdida del más insigne de sus hijos. Pasar de un bando a otro, sin mudar principios inspira desprecio; cambiar las ideas verdaderas por las falsas es digno de lástima; trocar lo malo por lo bueno o lo bueno por lo mejor, merece aplauso.

\*  
\* \*

Da comienzo el señor Camacho a su discurso con un encomio merecido a su predecesor ilustre en el sillón académico; y aunque es mucho lo que se ha escrito sobre la persona, el carácter y las obras de don José Manuel Marroquín, ha encontrado nuestro compañero, como crítico ingenioso y sagaz, aspectos nuevos en su héroe y hallado dentro de sí mismo, puntos de vista originales para describir y juzgar al caballero cumplido, a quien comparó don Miguel Antonio Caro con el de la torre de Provedaño creado por Pereda; al cristiano de fe sencilla y fructuosa caridad con los pobres; al humanista y literato, poeta festivo y prosador correcto, rico y elegante; al preceptor de la juventud en la cátedra y el libro; y finalmente, con la reserva que impone la neutralidad de la Academia, se nos presenta como trabajador de la hora de nona en el campo de la política batalladora y ardiente, como jefe ocasional de partido y jefe también de la República, durante uno de los períodos más agitados que registran los anales de Colombia. A guisa de fiel y aprovechado discípulo de las escuelas críticas más modernas, nuestro colega trae a cuento la prosapia y parentela del señor Marroquín, la educación que le dieron, su temperamento e inclinaciones naturales y el medio en que le cupo en suerte ver la primera y última luz de la vida. Así debe de ser, puesto que los maestros lo enseñan y practican, aunque, en mi falta de erudición contemporánea, no entienda hasta qué punto sean indispensables los precitados ingredientes para dar a conocer una obra literaria o artística. He llegado a pensar que, siendo el hombre libre, puede sobreponerse a los influjos que lo preceden y rodean, sobre todo al tratarse de los varones superiores, que no admiten para su

razón más yugo que el de la fe cristiana, ni doblegan su voluntad sino ante los dictados del deber.

Para tratar del medio en que pasaron la niñez y la mocedad de don José Manuel, esboza el señor Camacho, en cuatro pinceladas, un cuadro de la antigua Santa Fe. Aunque original por los pormenores y el estilo, es en sustancia el mismo que trazaron, medio siglo ha nuestros deleitosos pintores de costumbres. Esos retratos, dicho sea sin ofensa de los beneméritos autores, no tienen con el original sino apenas aire de familia, y sucede con ellos lo que con las descripciones de Teófilo Gautier y Edmundo de Amicis en sus relaciones de viajes por España. El lector de aquellos libros exquisitos imagina que la patria de Cervantes se compone, en la parte superior de finchados hidalgos y encopetadas marquesas, oradores grandilocuos y poetas hiperbólicos; y en la inferior, de pordioseros y contrabandistas, rateros y manolas, sin más empleo que reñir a navajazos y bailar bajo un sol que derrite el mármol, zorcicos y fandangos, al puntear de las guitarras y al repique de las castañuelas. El señor Camacho, que es tan fino observador y residió en nuestra Madre Patria, sabe estimarla en todo lo que vale y cuánto va, tratándose de ella, de lo vivo a lo pintado.

Cuando tiene talento, el narrador de viajes y costumbres se fija de preferencia en el rasgo, la persona, el paisaje que sorprendan y, por lo mismo, interesen más a los leyentes; y éstos, en uso de la facultad de generalizar, propia del espíritu humano, toman la excepción por regla, el caso particular por hábito de todos, el personaje original y estrambótico como tipo de una especie o un género. Bien hace el señor Camacho, que no ha empezado aun a descender la cuesta de la vida, y no vio con sus ojos la sociedad de antaño, en atenerse a los sabrosos relatos de los viejos cronistas; pero quien alcanzó aquellos tiempos de entonces y los tiene grabados en el alma con la viva tenacidad de los recuerdos infantiles, se atreve a creer que entre Santa Fe y Bogotá no median sino accidentales diferencias, las que nacen del transcurso del tiempo, del aumento de población y riqueza y de los inventos científicos e industriales y que son una sola ciudad, idéntica a sí misma por el carácter, cualidades y defectos. Paréceme confirmar esta opinión el hecho de que los sesentones nacidos en el barrio de la Catedral vivamos tan orondos y satisfechos en nuestra capital, remozada por fuera; ya que para nada nos estorba andar por calles asfaltadas, alumbrarnos con luz eléctrica, transitar en automóviles y tranvías, e ir, por julio y diciembre, en pocas horas a orillas del Magdalena, cómodamente sentados y contemplando hechiceros paisajes desde las ventanillas del vagón.

Hay más aún. Las reliquias coloniales y varios de los usos de aquellas épocas lejanas no se hallan en mi casa ni en la de mis coetáneos, sino en las más elegantes y modernas. Las alfombras quiteñas, mullidas y espesas, bordadas de flores y pájaros de encendidos colores; los brocados que fueron de pluviales y casullas; los dorados canapés de duro asiento y alto y retallado espaldar; las mesas esculpidas, pintadas de oro y carmín y sostenidas por garras de águilas o

leones; los sillones monacales de resobado cedro, forrados en vaqueta cordobesa; el pesado armario a lo mudéjar; el bargueño enchapado de carey con taraceas de nácar; los platos y fuentes de Talavera; las soperas y bandejas de plata de martillo con repujados blasones; el cuadro místico de Vásquez Figueroa o Caballero; todo eso vive en los palacios a la última, ocupando sitio de honor en gabinetes y salones, atendido, mimado con cariñosa diligencia por sus dueños. Vosotros, señores, váis todos los días a la mesa a la hora acostumbrada por el virrey Mendinueta o por la marquesa de San Jorge, sólo que llamáis al almuerzo desayuno; a la comida almuerzo; *five o'clock tea* a la merienda y comida a la cena. De suerte que mis contemporáneos y yo somos, en realidad, los únicos reformadores de la venerable Santa Fe.

Un pintor tan experto como el señor Camacho no podía incurrir en la falta de dibujar el retrato de su predecesor a plena luz. Son las sombras elemento indispensable al arte verdadero. Sólo Dios es lumbre purísima, y el hombre no puede contemplarlo sino a través de la lente empañada de las criaturas terrenas. La figura de Nuestro Señor Jesucristo aparece tan de relieve en el evangelio, porque le sirven de fondo la rudeza de los discípulos, la perfidia de los fariseos, la cobardía de Pilatos, la crueldad de los pretorianos.

Tiene nuestro colega la delicadeza de no presentar como defectos los que por fuerza, como en toda obra humana, han de hallarse en las del eximio escritor y poeta, y se limita a poner las tachas al lado de las cualidades relevantes, para que semejen unas de tantas contradicciones como suelen advertirse en el carácter de los hombres de excepcional ingenio. Cúpome la honra de tratar por largos años al señor Marroquín en una intimidad que es de los pocos timbres que me envanecen y uno de los recuerdos más dulces de mi juventud, y soy osado a juzgar, aunque con temor de equivocarme, que las mentadas antinomias eran más aparentes que reales, y se explican recordando las diferencias que señalan los filósofos entre las múltiples facultades cognoscitivas y afectivas de la persona humana.

Después del citado elogio al señor Marroquín, entra don Guillermo Camacho Carrizosa a tratar del verdadero asunto de su discurso, de la prensa diaria, y entona un himno de alabanza a aquella musa que lo inspira. Palas Atenea que lo sostiene en el combate y le ciñe a menudo las sienes con los laureles del triunfo. Aquí es donde nuestro compañero se muestra más ingenioso pensador: hierven los conceptos de la mente, la frase cabrilla como los luceros en noche despejada. ¡Qué ocasión para que uno de vosotros, señores académicos, se hubiera encargado de esta respuesta y fuera siguiendo paso a paso al orador, realzando discreto unas ideas, rectificando, galante y delicado, ciertos juicios, ensalzando como es de justicia el discurso del ágil y esforzado periodista! Al llegar a esta parte, me siento cohibido y temeroso, por el recelo de prolongar esta deshilvanada parla y por el de faltar a las leyes de la galantería para con el académico que hoy se sienta por primera vez entre nosotros. A un hombre en plena

luna de miel no se le indican los lunares e imperfecciones de su novia.

Además, si digo algo en mal del periodismo, podrá tachármese de inconsecuente e ingrato, pues que de él he venido valiéndome sin cesar, desde hace ya cuarenta años, como instrumento de difusión y como arma de combate. Soy sacerdote y pedagogo y he tratado la materia que ahora tenemos entre manos en el púlpito desde el punto de vista religioso, y en la cátedra desde el ético y social; y no querría que tuviesen mis palabras sabor de sermón o de conferencia escolar, lo que sería falta imperdonable de tacto. El ministro de Dios, por rudo e ignorante que se lo suponga, es siempre en el ejercicio de su cargo superior a su auditorio, cierto como está de su doctrina, predica con autoridad y arguye, ruega, increpa a los dóciles oyentes. Enseña de lo suyo el profesor de filosofía, pero tiene sobre los alumnos el ascendiente del cargo y de los años. En esta aula no soy maestro sino el menor de los discípulos y me estimo entre vosotros, a pesar de mis canas, párvulo de primeras letras.

Los pasmosos adelantos, las invenciones y descubrimientos realizados de cuatro siglos a esta parte han acrecentado sin medida las facilidades y los goces, pero han creado un sinnúmero de necesidades, desconocidas antes, y para satisfacerlas apenas alcanzan los momentos del día y el breve término de la vida terrena. No hay cuando vacar unas horas a las tranquilas elaciones del espíritu, y sin embargo crece en todas las clases sociales el ansia de saber, pero en poco tiempo y con el menor trabajo posible. Y por lo tanto, el retrato ha sido reemplazado por la fotografía; el cuadro al óleo, la acuarela delicada, la primorosa miniatura, por estampas iluminadas; el mármol o la piedra de labor como materiales de construcción, por el cemento armado; y el libro por el diario.

Esta última metamorfosis se ha verificado a través de varios siglos, lo que demuestra, a mi parecer, que no ha sido resultado de moda o de capricho, sino fruto maduro y estable del desarrollo social, y que responde a verdaderas necesidades de la civilización contemporánea. Hasta mediados del siglo xv de nuestra era, como lo sabéis mejor que yo, la sabiduría moraba recluida en los preciosos manuscritos, compuestos de finas hojas de vitela, dibujadas letra a letra por algún sabio benedictino, que solía emplear la vida entera en la transcripción de un solo códice. Empastados en recio y reluciente pergamino, con las sobrepuestas armas y cifras de sus dueños, cerrados con artísticos broches de oro y esmalte, hallábanse sujetos a los anaqueles por cadenilla de plata. Cada ejemplar de aquéllos era una joya, accesible sólo a la fortuna de papas y príncipes, monasterios y universidades. Para acercarse a un libro, tomarlo en las manos, consultarlo o leerlo con nimias precauciones que evitaran el menor desgaste, se requerían valedores y empeños y una multitud de enojosas formalidades. Así me explico la erudición pasmosa de un Durando, un Escoto, un Tomás de Aquino. ¡Con qué diligente atención se estudiarían las páginas! ¡Qué esfuerzo mental para retener en la memoria lo



aprendido! ¡Cuánta fidelidad para conservar las citas, transcribir los pasajes más salientes, resumir en breves líneas la doctrina!

El descubrimiento de la imprenta, precedido de la invención del papel, transformó muy a lo hondo la lectura. Lo que antes era privilegio de pocos se hizo común a muchos y los hombres de mediana fortuna pudieron concederse el lujo de poseer una veintena de volúmenes. Los primeros que salieron de la prensa eran muy semejantes en la forma a sus ilustres mayores; y el pesado infolio, impreso a dos columnas, sin división de párrafos y apartes, en grandes letras de Tortis, con iniciales historiadas, gruesa pasta de piel y chapas y manecillas metálicas, no se diferenciaba por de fuera de los antiguos manuscritos. El libro fue abreviándose más y más de formato y de precio y se multiplicó como las arenas del mar. Si se reuniesen los que se estamparon en el pasado siglo, creo que formarían una pirámide tan elevada como una de nuestras cumbres andinas. ¿No habéis abrigado, señores, el temor de que la instrucción haya perdido hacia lo profundo lo que ha ganado en superficie? Desde que el libro es mío, sabedor como soy de que le puedo reemplazar a poca costa, ya perdió la mitad de su prestigio y lo leeré por saber lo que contiene, por disfrutar de elegancia de estilo y bellezas literarias; pero, ¿a qué fatigar el cerebro, con textos, nombres propios y fechas cuando todo se halla a mi alcance con sólo levantarme del asiento? Me forjo de buena fe la ilusión de saber lo que saben dos centenares de libros escogidos que forman mi modesta biblioteca. Sobra apuntar que esto que me sucede a mí no reza, señores académicos, con ninguno de vosotros.

Así como al códice sucedió el incunable, y al ponderoso infolio el leve volumen en octavo, el libro, para muchas gentes, ha venido a ser sustituido por el diario. Nada hallo en mi corto ingenio que añadir a lo mucho que en elogio y a lo poco que en vituperio de este educador de la sociedad contemporánea, ha dicho el señor Camacho Carrizosa. Acaso en sólo un particular, difiero de su dictamen. El cree en el influjo del periodismo, pero lo defiende con cierta timidez, como a punto sujeto a controversia. Para mí el predominio de los diarios no es materia de opiniones: es una verdad casi axiomática. Dejando a un lado los anales de países extranjeros, puede afirmarse que todas nuestras guerras, revoluciones y mudanzas, benéficas o nocivas, han sido causadas por la prensa —las excepciones confirman la regla general— de tal suerte que podría escribirse una historia crítica nacional, cuyas partes llevaran por mote el nombre de algún periódico; y no habría quien no supiera de antemano el contenido de los capítulos titulados *La Bagatela*, *La Bandera Nacional*, *La Civilización*, *El Tiempo*, *El Mensajero*, *El Tradicionista* y *La Luz*...

Si el hecho se impone con evidencia, no son fáciles de conocer las causas que lo determinan. No se diga que la principal de ellas es la eficacia de la palabra humana, imagen del Verbo divino por quien fueron creadas todas las cosas; porque la expresión hablada tiene la autoridad de quien la profiere, mientras que aquel mismo concepto estampado en un diario aun con la firma de autor desconocido o mal acreditado, es cosa augusta e intangible, la voz de la prensa, de la

diosa de la sabiduría en nuestro siglo descreído. Ni cabe tampoco pensar que sea productora del fenómeno la reverencia que las letras de imprenta despiertan en la mayor parte de las gentes, porque jamás el libro ocasionó los bienes y los estragos del periódico. ¿Será debido a que este último se estudia con mayor aplicación y detenimiento? Todo lo contrario: llega a nuestras manos por la mañana, cuando estamos urgidos a principiar los quehaceres, o por la tarde cuando ya nos ha rendido la fatiga. La persona toma el diario con avidez, lo desdobra nerviosamente, recorre los epígrafes, lee a la ligera lo más interesante para él y arroja el impreso a la cesta de los papeles insertables.

Las causas generadoras del imperio del periódico son hondas y complejas, con raíces en la psicología y en las ciencias sociales, y no pretendo ahora escudriñarlas. El señor Camacho quiere prensa libre, perfectamente libre; responsable, eficazmente responsable. Es la fórmula de nuestra carta fundamental y excluye la libertad de imprenta *sin limitación alguna*, que ha sido reprobada por la Iglesia. Afirma nuestro compañero que los males de la prensa sólo con la prensa se corrigen; pero me parece que al pedir responsabilidad para ella, implícitamente reconoce, como remedio a los abusos, el temor a la sanción justa y eficaz, establecida de antemano por la ley y aplicada por un juez inteligente e imparcial. He leído en célebres tratadistas de derecho penal que es mejor prevenir los delitos que verse en la obligación de castigarlos. Mis votos son porque el periodismo se funde en la verdad, se inspire en la justicia, se modere con el respeto y se encamine al engrandecimiento de la patria.

Señor Camacho: en nombre de la Academia Colombiana, correspondiente de la Real Española, os declaro en posesión de la silla de número para la cual fuisteis merecidamente electo. Hasta ayer nos habíamos ufanado dándoos el nombre de amigo; desde hoy nos honramos al consideraros como colega nuestro.